

El verdadero rostro de Eugenio Espejo The true face of Eugenio Espejo

(Artículo original especial por invitación)

Autor:

Alvaro R. Mejía Salazar ¹

¹Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador

Autor de correspondencia: Alvaro R. Mejía Salazar. Universidad Andina Simón Bolívar. Email: armejasalazar@gmail.com. Teléfono: 0995790111. Dirección portal: Ave. Toledo 22-80 y Ladrón de Guevara, Quito, Ecuador.

RESUMEN

Se realizó una investigación histórica, con enfoque cualitativo, cuya población de estudio estuvo constituida por los documentos de interés salvaguardados en el Archivo de Indias, así como aquellos de las fuentes periodísticas de época que versaron alrededor de la figura de Eugenio Espejo. El estudio tuvo el propósito de establecer la fidelidad histórica de la iconografía de ese precursor de la nacionalidad ecuatoriana.

Palabras clave: historia, personajes, Antropología física.

ABSTRACT

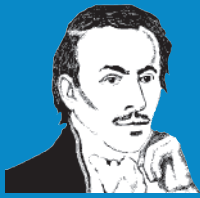
A historical research was carried out with a qualitative approach. The study population was constituted by the documents of interest filed in Archivo de Indias, as well as those of the sources from press that revolved around the figure of Eugenio Espejo. The purpose of the study was to establish the historical fidelity of the iconography of that forerunner of Ecuadorian nationality.

Keywords: history; famous persons; Anthropology, physical.

Prefacio

El ideario colectivo tiene a Eugenio Espejo por un indígena, pues aquella es la representación habitual del precursor desde inicios del siglo XX.¹ Que mejor que implantar en el pensamiento del pueblo a un Espejo indio e indómito para identificarlo con las aspiraciones de libertad americana y rompimiento del modelo monárquico español en nuestras tierras. Sin embargo: ¿Cuál es el origen de considerar a Espejo como indígena? ¿Su fenotipo se correspondía efectivamente con el de un indígena sudamericano promedio? ¿Cómo fue en realidad su rostro? Me propongo responder a estas interrogantes a través del presente estudio, buscando establecer la fidelidad histórica de la iconografía del precursor.

¹Riobamba (1982). Doctor en Derecho (PhD), por la Universidad Complutense de Madrid, España. Magister en Derecho, mención Derecho Tributario y Especialista Superior en Tributación, por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Abogado y Licenciado en Ciencias Jurídicas, por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito. Docente de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador y de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito. Miembro de los Institutos Ecuatorianos de Derecho Tributario, Derecho Administrativo y Derecho Procesal. Historiador. Miembro de la Academia Ecuatoriana de Historia Eclesiástica, de la Academia Nicaragüense de Historia y Genealogía, etc. Condecoración “Aurelio Espinosa Pólit” 2015, por el I. Municipio de Quito, en atención a sus aportes a la literatura jurídica nacional. Reconocimiento al mérito cultural “Benjamín Carrión” 2016, por la Casa de la Cultura Ecuatoriana–Ch, en atención a sus aportes a la historiografía nacional.



1. El indio Espejo

En 1782, Eugenio Espejo pleiteó contra el Dr. Sancho de Escobar y Mendoza, párroco de Zámiza, por el pago de honorarios por sus servicios médicos. Ante el requerimiento de cobro que Espejo presentó ante el provisor y vicario general de Quito –juez del fuero eclesiástico–, el Dr. Escobar contestó:

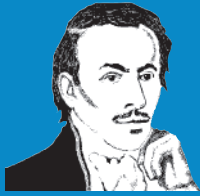
Lo que antes repara es que el Doctor Eugenio apellidado Espejo para presentarse ante el Señor Provisor no haya sido con reproducción del Señor Protector General de los naturales del Distrito de esta Real Audiencia respecto a ser indio natural del lugar de Cajamarca; pues es constante que su padre Luis Chúsig por apellido, y mudado en el de Espejo, fue indio oriundo y nativo de dicho Cajamarca, que vino sirviendo de paje de cámaras al Padre Fray Josef del Rosario, descalzo de pie y pierna, abrigado con un algodón de bayeta azul, y un calzón de la misma tela, y por parte de su madre fulana Aldaz, aunque es dudosa su naturaleza, pero toda la duda solo recae en si es india o mulata; y por la misma duda, no teniendo dicho Eugenio voz para parecer por sí solo en juicio, debió siempre presentarse por medio y reproducción del Señor Protector General de los naturales.²

A partir de entonces, el estigma de la sangre indígena y del apellido Chúsig se tornó público y notorio, siendo uno de los tormentos del precursor, quien al parecer no manejaba de manera adecuada estas realidades después de haber logrado descollar en el ambiente académico y haber conseguido una aceptable posición en la tan prejuiciosa sociedad quiteña del siglo XVIII.³

Pero esta no fue la única ocasión en que judicialmente se identificó a Espejo como indio. En 1787 salieron a la luz las Cartas riobambenses, acaso como una reacción furibunda ante un desplante del cual habría sido víctima. En esta obra Espejo se mofaba de una dama de la élite local, doña María Micaela Chiriboga y Villavicencio, quien al poco tiempo litigó en contra del autor. En este proceso varios fueron los testimonios que desacreditaban a Espejo argumentando sus orígenes indígenas o mulatos, como por ejemplo los de José de León y Otarola o de fray José del Rosario. La versión de fray Rosario resulta muy interesante, pues fue él quien trajo de Cajamarca al padre de Espejo como su criado. En 1789, el anciano fraile sostuvo:

²Carlos Freile, Eugenio Espejo, precursor de la independencia (documentos 1794-1797), Quito, Fonsal, 2009, pág. 9.

³Cf. Rodolfo Pérez Pimentel, Diccionario Biográfico del Ecuador, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 2001, pág. 98.



Que conoció al abuelo de Eugenio Espejo, indio que trabajaba en su Convento en la obra material de la Iglesia de la cantera o picador de piedras para la fábrica; que no tiene presente su nombre, si solo su apellido, que fue el nacional de Chusig, pero el común por donde lo conocían era Cruz, que es apellido al que son aficionados los indios. Que fue calzado de capa, y no de algodón o cusma, que este fue padre de Luis. Que no sabe por qué términos se llamaba Espejo [Luis] pero él se denominaba Benítez; qué en las que el informante le escribía de Piura a esta ciudad le ponía sobre escrito a Luis Benítez, como podrá constar si algunas cartas existen. Y que este sobrenombre pudo haber tenido origen del Cura y Vicario de Cajamarca, que fue su padrino, el cual fue el Doctor Don Luis Benítez de la Torre; que cuando Luis vino a esta ciudad [Quito] de criado del informante, de edad de catorce o quince años, al cual calzó y vistió en la forma ordinaria; que éste se casó en esta ciudad con Cathalina de tal, madre de Eugenio; que la reputaban por mestiza o mulata, de quien procedió Eugenio el cual es de naturaleza de cholo o zambaygo, respecto a haber sido su padre y abuelo indios.⁴

Según apreciamos, el señalamiento y ensañamiento con los orígenes de Eugenio Espejo data de sus días, no obstante, como se pregunta el historiador Carlos Freile ¿indio real o simbólico?⁵ Pues si el fenotipo del precursor habría sido el de un indígena promedio, no habrían existido motivos para argumentar sobre lo evidente, ¿verdad? Si la raza americana habría sido la predominante en sus facciones y color, no habría existido razón para acusarle de indio ¿cierto? Si Espejo era indígena, ¿para qué apelar al indigenismo de su padre como medio para que se considere indio al gran médico? En definitiva, la insistencia sobre la argumentación de la condición indígena de Espejo y la necesidad de que existiese un pronunciamiento judicial de ello, no hace sino confirmar que nuestro prohombre no poseía un predominante fenotipo americano. Espejo no era indígena ni su rostro se correspondía al de un indígena, Espejo era mestizo y su rostro era el de un mestizo y de hecho, de un mestizo con facciones bastante regulares y tez no oscura.

2. El mestizo Espejo

De la mezcla de padre español con madre indígena y los subsecuentes matices, tenemos a una población quitense –hoy ecuatoriana– con rasgos más o menos blancos, más o menos morenos, más o menos cobrizos. En muchas ocasiones son los caprichos de los genes los que blanquean u oscurecen, encontrando la explicación de cierto color de ojos o de cabello no directamente en los progenitores del individuo, sino en alguno de sus cuatro abuelos o de sus ocho bisabuelos.

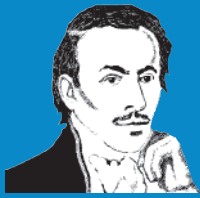
Como conocemos, el padre de Eugenio Espejo fue Luis de la Cruz, cajamarquino. Respecto a sus progenitores, Luis aseguró ser hijo de Juan de la Cruz y Antonia Ruiz.⁶ Se ha sostenido que el padre de Luis fue un picapedrero de apellido “Chusig”, que también usaba el apellido “de la Cruz”; por otra parte se sostiene que el padre de Luis se llamaba Juan Espejo –no “Chusig” ni “de la Cruz” –, según hizo constar el propio Eugenio en un expediente de antecedentes presentado a la Universidad.⁷ Volviendo a Luis, llegó a Quito alrededor de 1740, apenas con unos quince años a costas, en calidad de criado de fray José del Rosario, betlemita nombrado director del Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor –luego, Hospital San Juan de Dios–.

⁴“Contra el Dr. Eugenio Espejo, Memorial de María Chiriboga y Villavicencio, vecina de Riobamba, sobre el autor de los libros contra ella” (transcripción de documentos auténticos), en Boletín de la Academia Nacional de Historia, No. 100, Quito, 1962, pág. 299.

⁵Ver: Carlos Freile, “Eugenio Espejo, ¿indio real o simbólico?”, en Revista del Centro Nacional de Investigaciones Genealógicas y Antropológicas, No. 9, Quito, 1991.

⁶Esta declaración la realizó al momento de testar en 1778. Cf. Fernando Jurado, “Estudios inéditos sobre Espejo”, en Boletín de la Academia Nacional de Historia, No. 135, Quito, 1980, pág. 79.

⁷Información Dr. Carlos Freile Granizo (9-III-2016)



Por aquellos años, Luis no utilizaba su apellido ancestral sino el apellido español “Benítez”, el cual lo había adoptado de su padrino el Dr. Luis Benítez de la Torre, vicario de Cajamarca. De hecho, en el acta del matrimonio entre Luis y Catalina Aldáz que data de 1774, firma con el apellido Benítez. Es a partir de 1747 que empezó a utilizar el apellido “de la Cruz Espejo”. Afirmar que Luis era indígena completo no es posible; ya para el siglo XVIII el mestizaje era la tónica dominante en la población urbana del virreinato. Lo que sí creo es que la sangre de Luis era principalmente indígena, al igual que su fenotipo.

Respecto a la madre del precursor, María Catalina Aldáz y Gordillo, fue hija de Juan de Aldáz y Petronila Gordillo, quiteños vecinos de calle larga de San Sebastián. ¿Era Catalina Aldáz una “mulata” como los enemigos de Espejo habían argumentado? La genealogía documentada ha aportado claras luces sobre los orígenes de la madre del precursor, llegándose a la conclusión de que Catalina era predominantemente blanca. Su ascendencia por Aldáz se compone de la siguiente manera:

Juan de Aldáz Cía y Larrainzar, nacido en Pamplona –reino de Navarra–, pasó a Quito en 1594, casado con Isabel de Arenas. Esta pareja procreó a Matías de Aldáz Arenas, quiteño. A su vez, Matías, junto con María de Anguieta, procreó a otro Matías de Aldáz quien casó con Mencía de Fuentes –mujer de clase media– y tuvieron a Juan de Aldáz y Fuentes. Este Juan casó con Petronila Gordillo Carrascal y Suárez de Figueroa, siendo padres de María Catalina Aldáz y Gordillo, bautizada en la iglesia de San Sebastián e inscrita en el libro de blancos.⁸

Pensar que Catalina Aldáz descendía exclusivamente de españoles es un sinsentido. Ya en el siglo XVIII y pudiendo rastrear antepasados de esta señora hasta el siglo XVI, resulta incontrovertible la existencia de sangre americana por sus venas. Lo que hace concluir la documentación genealógica es que por la venas de Catalina corría principalmente sangre española, correspondiendo su fenotipo a ella.

3. Descripción física de Espejo

Habiendo establecido esta suerte de mapa genético de Espejo a través de las referencias históricas sobre sus orígenes y de su genealogía documental, tenemos a un Eugenio Espejo mestizo. Todo hace pensar que Espejo heredó mayores rasgos de su madre y que por tanto, fue un mestizo de buenas facciones, de un tono de piel trigueña no oscura. Tal condición habría posibilitado la inscripción de su bautizo en el “libro de blancos” del Sagrario el 21 de febrero de 1747, así como sus estudios superiores y grados académicos que de facto estaban vedados a los mestizos de sangre mayormente indígena y no se diga a los indígenas completos. Esto lo sostiene Carlos Freile de la siguiente manera: “Eugenio se licencia en Filosofía, Derecho, Teología y se doctora en Medicina; Juan Pablo [hermano de Eugenio] se licencia en Teología; esto hubiera sido muy difícil de haber sido mestizos, zambaigos o castas de muy baja estofa, de acuerdo con los prejuicios del tiempo, ya que todavía en 1752 el Rey prohibía la concesión de grados a quienes mostrasen mezcla de malas razas.”⁹

Lo anterior es corroborado por la descripción física que en 1783 se hizo de Espejo. Para entonces, las autoridades consideraban al precursor como “rencilloso, travieso, inquieto y subversivo” y por consiguiente buscaban un pretexto para deshacerse de él. Por entonces una cuarta expedición científica, a cargo de Francisco de Requena, se disponía a ayudar a fijar los límites de la Real Audiencia de Quito en la región de los ríos Pará y Marañón; esto al tenor del Tratado de San Idelfonso (1771) entre los reinos de España y Portugal.

⁸ Cf. Fernando Jurado, “Estudios...”, págs. 71–76.

⁹ Carlos Freile, Espejo y su tiempo, Quito, Abya-Yala, 2001, pág. 54.



La expedición bridó el pretexto deseado por las autoridades, quienes prontamente nombraron a Espejo como director médico de la expedición. Para eludir el cargo huyó, pero fue pronto capturado en Quito “como reo de grave atentado”.¹⁰ El mandato de arresto contuvo su descripción física:

*El enunciado Espejo tiene una estatura regular; largo de cara, nariz larga, color moreno, y en el lado izquierdo del rostro un hoyo bien visible.*¹¹

Como vemos, Espejo está lejos de tener las facciones de un indígena promedio de la serranía ecuatoriana, su buena estatura, junto con su nariz y rostro alargado denotan a un trigueño de rasgos más caucásicos que americanos.

4. Retratos de Espejo

Entendida de esta manera la fisonomía de Espejo, debemos buscar una imagen que corresponda a un mestizo urbano, a un quiteño promedio y no a un indígena. Respecto a los retratos que analizaré descarto de plano a todos los que no son contemporáneos al personaje, en especial a los pintados durante el siglo XX, pues al ser imaginarios carecen de toda rigurosidad histórica. Comienzo apartándome del ampliamente difundido retrato realizado por el destacado pintor ambateño César Villacrés Vásquez (1880-1950), el cual consta en los acervos del museo Alberto Mena Caamaño y sirvió de modelo para la imagen que consta en el billete de 500 sucres. También se ha de alejar del retrato realizado por Manuel Salas Alzamora a inicios del siglo XX, que se encuentra en el Salón de los Próceres del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde se aprecia a un Espejo bastante indígena. Una de las cumbres del retrato indigenista y por tanto no consecuente con la realidad de Espejo, corresponde al pincel de Pedro León Donoso, óleo de 1952 que forma parte de la colección de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En fin, como señalé al inicio de este párrafo, todo retrato de Espejo del siglo XX carece de fidelidad histórica y no hace sino alimentar el falso mito del “prócer indio”.

Descartados todos los retratos del gran quiteño que han sido pintados durante el siglo XX, analizo a continuación dos antiguos óleos que han sido atribuidos al rostro de Espejo, con el fin de evaluar cuál de ellos correspondería al rostro de precursor.

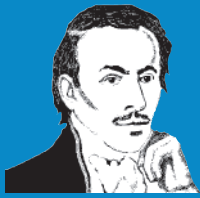
4.1. El retrato de la colección de Jacinto Jijón

El 14 de diciembre de 1963, doña Luisa Flores de Jijón-Caamaño y don Manuel Jijón-Caamaño y Flores donaron a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, las colecciones de arqueología y arte de don Jacinto Jijón y Caamaño.¹² Entre los magníficos óleos de la colección de arte apareció uno que fue identificado como el retrato de Eugenio Espejo. En más, el retrato ha sido reproducido en libros de historia o artículos de investigación, sin mayor difusión en el gran público. He investigado en el Museo Jijón Caamaño de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, en busca de los fundamentos de la atribución del retrato al gran quiteño, sin embargo los datos son por demás vagos y los sustentos históricos inexistentes.

¹⁰Philip L. Astuto, Obra Educativa escrita por Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1981, pág. 504.

¹¹ Pablo Herrera, Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana, Quito, Imprenta del Gobierno, 1960, pág.125.

¹² Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, “Acta de donación otorgada por la Sra. María Luisa Flores de Jijón y Caamaño y el Sr. Manuel Jijón y Caamaño y Flores a favor de la Universidad Católica del Ecuador”, en Revista de la Universidad Católica, No. 4, Quito, 1978, pág. 13 y 14.



Al examinar la pintura se concluye que la obra se trata de un óleo sobre lata, en el cual se retrata a un hombre de unos cincuenta años, de tez blanca –no trigueña–, rostro más bien redondo –no alargado– y nariz corta –no larga–. Su vestimenta indudablemente corresponde a la primera mitad del siglo XIX y se identifica con la de una persona económicamente acomodada. Posa el modelo con la mano derecha introducida en la chaqueta, moda extendida por los años treinta del siglo XIX, lo cual confirma la época del retrato. Así las cosas, teniendo en cuenta que Espejo falleció en 1795 de cuarenta y ocho años, no resulta posible que el retrato de un hombre que para 1830 contaba con cincuenta años corresponda al precursor. Tampoco las características físicas de la descripción existente de Espejo coinciden con las del hombre de esta pintura. Conviene entonces corregir el error en la identificación que se ha hecho a este retrato,¹³ pues resulta evidente que no se trata de Espejo y dudamos que el caballero retratado haya estado a la altura del gran quiteño.



Retrato de un caballero, circa 1830.
Museo Jijón Caamaño, PUCE-Q



Retrato imaginario de Espejo
por Manuel Salas, 1909

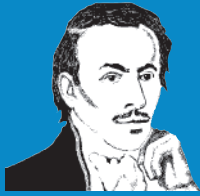


Retrato imaginario de Espejo
por César Villacrés, 1926



Retrato imaginario de Espejo
por Pedro León, 1952

¹³La última oportunidad que conocemos se difundió esta equívoca versión fue en la revista Patrimonio de Quito, No. 3, Quito, FONSAL, 2006; específicamente en el artículo “Eugenio Espejo: genio y figura” de Fernando Jurado. No es la primera vez que dicho autor confunde épocas, personajes y retratos; por ejemplo, ha sostenido que el retrato de un joven de mediados del siglo XIX, correspondía a don Miguel Ponce Ubidía, prócer de la independencia que nació alrededor de 1756 y murió en 1841, a la avanzada edad de 85 años.



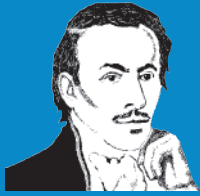
4.2. Espejo en el Cuadro de las curaciones

Geógrafo y hombre de gran cultura, Luciano Andrade-Marín Vaca publicó en el diario quiteño “Últimas Noticias” alrededor de 50 artículos de una serie titulada “Historietas Quiteñas”. Una de ellas, la aparecida en la edición del 20 de marzo de 1965, lleva por título “Retrato auténtico de Espejo en un cuadro inédito”. Se trata de una sustentada teoría que el autor realiza respecto de la representación del Dr. Espejo en el llamado Cuadro de las curaciones, del pintor José Cortés y Alcocer, que don José García León y Pizarro, presidente de la Real Audiencia de Quito entre 1778 y 1784, costeó para el Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor y que hoy se encuentra en el Hospital Eugenio Espejo. Transcribimos a continuación la lúcida teoría de Andrade-Marín:

Que conoció al abuelo de Eugenio Espejo, indio que trabajaba en su Convento en la obra material de la Iglesia de la cantera o picador de piedras para la fábrica; que no tiene presente su nombre, si solo su apellido, que fue el nacional de Chusig, pero el común por donde lo conocían era Cruz, que es apellido al que son aficionados los indios. Que fue calzado de capa, y no de algodón o cusma, que este fue padre de Luis. Que no sabe por qué términos se llamaba Espejo [Luis] pero él se denominaba Benítez; qué en las que el informante le escribía de Piura a esta ciudad le ponía sobre escrito a Luis Benítez, como podrá constar si algunas cartas existen. Y que este sobrenombre pudo haber tenido origen del Cura y Vicario de Cajamarca, que fue su padrino, el cual fue el Doctor Don Luis Benítez de la Torre; que cuando Luis vino a esta ciudad [Quito] de criado del informante, de edad de catorce o quince años, al cual calzó y vistió en la forma ordinaria; que éste se casó en esta ciudad con Cathalina de tal, madre de Eugenio; que la reputaban por mestiza o mulata, de quien procedió Eugenio el cual es de naturaleza de cholo o zambaygo, respecto a haber sido su padre y abuelo indios.

Sin embargo, este cuadro, está Eugenio Espejo en retrato auténtico, según es nuestra completa convicción, como lo vamos a demostrar analizando dicha admirable pieza pictórica de imperdonable ineditismo. El cuadro, en su parte profana, que es interesantísima, representa una visita del señor Joseph García León y Pizarro, Presidente de la Real Audiencia de Quito, como se revela aunque sin indicar la fecha, en una inscripción ya muy borrada del pie, que empieza diciendo: “Costeó este lienzo el señor... León y Pizarro, Pdte... etc.” ¿Cuándo actuó este señor como Presidente de la Real Audiencia? Pues, desde 1778 hasta 1784 en que le sustituyó el señor Juan José de Villalengua y Marfil hasta 1791, en que éste fue sustituido por Juan Antonio Mon y Velarde; y éste hasta 1793 por Luis Muñoz de Guzmán, dentro de cuyo período murió Eugenio Espejo, que fue perseguido principalmente por Villalengua y sus sucesores.

El señor León y Pizarro al “costear” la hechura de este elaboradísimo y compilado cuadro, se ve que quiso representarse él mismo y su familia visitando la principal sala de enfermos del hospital como así lo está, y que en la dicha sala apareciesen todos los que habían el hospital en esos días, inclusive una acabada representación iconográfica, en grupitos magistrales, del elemento humano enfermo, adulto e infantil, español, indio, mestizo, negro y mulato que componían la comunidad popular de Quito en ese tiempo. En el cuadro clásico de detalles documentales primorosos de la racialidad de la época: cada raza y subraza está caracterizada con coloraciones de impecable fidelidad.



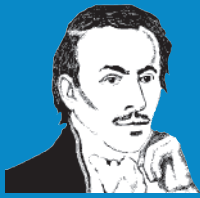
Allí está al centro el Padre betlemita del Rosario recibiendo en un plato donativos del señor León y Pizarro, éste espada y un traje elegante de autoridad; y junto a él, un niño hijo suyo, muy rubio, en igual traje, dando otro plato de donativos a uno de los siete enfermos de las camas de la derecha. Hacia las otras siete camas de la izquierda hállase con clara fisonomía de español y con igual librea que su jefe, un ayudante del Presidente llevando dos platos de donativos hacia la figura no menos notable de una persona que en traje civil de la época, azul marino con bordes rojos, también entrega un plato de donativos a un enfermo. Esta persona principal, a diferencia de todas las otras, así mismo principales inclusive 14 frailes betlemitas blancos, es la única de color trigueño, que decimos, y es persona visiblemente joven, de nariz larga y de mirar penetrante. El artista autor del cuadro era, sin duda, no solo un gran retratista de manos y pies, como se lo puede testificar en las 130 figuras humanas diferentes que contiene el cuadro, y, por añadidura tuvo cualidad rarísima en nuestros famosos artistas antiguos: fue un verdadero compositor original de escenas locales y no un imitador o copista de cuadros ajenos.

¿Quién fue este personaje principal de tez tan acanelada que aparece inmediatamente junto a los enfermos en esta escena sobremana representativa de una sala del hospital San Juan de Dios en el tiempo del Presidente León y Pizarro y del médico Eugenio Espejo, el único médico con graduación universitaria y con licencia municipal que servía prestigiosamente en dicho hospital? ¿Qué otro individuo civil de igual o parecida talla profesional que Eugenio Espejo, había en ese instituto para que pudiese figurar en esta escena hospitalaria de esos días?

Ese personaje, no cabe la menor duda, era y es el doctor Eugenio Espejo, quién nacido en 1747, se graduó en medicina el año de 1767, a los 20 años de edad, y, que, en este lienzo que lo conceptualizamos de 1779 a 1780, tenía dicho doctor Espejo 33 años, o sea la edad de Cristo, en la flor de la vida, tal como representa tener en dicho cuadro.



Cuadro de las Curaciones, donde se representa la visita del presidente José García León y Pizarro –a la derecha junto a fray José del Rosario–, al Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor. El Dr. Espejo se encuentra retratado en la parte izquierda, con casaca oscura, entregando un platillo a un enfermo. Hospital Eugenio Espejo, Quito.



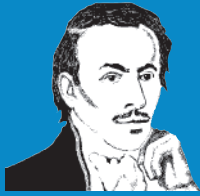
Sin poder tener la absoluta certeza de que así sea, tengo el convencimiento, al igual que Andrade-Marín, de que el hombre mestizo de estatura regular, trigueño, de cara y nariz alargada, retratado al lado izquierdo del Cuadro de las Curaciones se trata de Eugenio Espejo. Este es el rostro del precursor de la independencia, del gran médico, escritor y pensador quiteño.



Dr. Eugenio de Santa Cruz y Espejo

Cuadro de las Curaciones, óleo de José Cortés y Alcocer.

Hospital Eugenio Espejo, Quito.



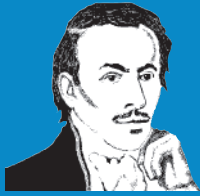
5. La ciencia blancardina: autorretrato espiritual de Espejo.

Para finalizar este ensayo vale recordar que existe una suerte de autorretrato espiritual que él mismo Espejo compuso y publicó como parte del opúsculo La ciencia blancardina. Como señala Plutarco Naranjo, “el manuscrito Nuevo Luciano de Quito, por las críticas que contenía originó mucha polémica y la curiosidad de quién era el autor, para posibles enjuiciamientos por calumnias. Por estas razones en el opúsculo La ciencia blancardina describe su fisonomía y, sobre todo, afirma que es como un espíritu fantasma a quien nadie lo agarrará. Se compara con el búho, (chushig, en quichua) por ser ave nocturna, y se auto califica de duende.”¹⁴

Transcribo a continuación el autorretrato espiritual de Eugenio Espejo:

Pero si se quiere aquí un medio retrato suyo, para que del todo se pierda la esperanza de conocerlo, véase luego en estas pocas palabras: su estatura es regular y nada tiene de defectuosa. Su rostro, siendo serio, no es deforme, y en su fisonomía se reconoce que no es rudo; pero no manifiesta toda la viveza que interiormente le anima, y aunque le pone en una continua acción, que siempre le tiene inquieto. En sus ojos puede cualquiera engañarse; porque pareciendo estar marcados con el sello de la modestia, suelen ponerse demasiado caídos, o luego vivaces y movibles con ímpetu, según el humor que le domina. Cuando se presenta a cualquiera, impone (sin querer), con gravedad natural; pero tratado con franqueza, se ve que es mucho lo que ríe a vista de todos, pero muchísimo más es lo que a sus solas se ríe; porque en casi en todos los hombres halla con facilidad ese lado por el cual son más hombres, esto es, vestidos de más o menos ridiculeces; y sobre las suyas propias que han podido conocer, el mismo no se perdona, se burla el mismo, y procura corregirse. Desde bien muchacho frecuentó, sin que supiesen su nombre, a algunas personas de crédito de la Provincia casi entera y, oyendo sus proposiciones llenas las más veces de ignorancia y de satisfacción orgullosa, nunca los desestimó, y mucho menos descubrió a otros el defecto que padecían. Antes, de tales ejemplos sacaba motivos para ser exactísimo en su modo de pensar, y aún más en la expresión y en las citas. Como ha sido éste su porte, ha logrado que todos los satisfechos y presumidos de doctos, le tengan por estúpido, y que aún le hayan comunicado especies muy mentirosas y muy surtidas de vanidad, pero no ha sido de un carácter maligno que haya, con nuevas preguntas, obligado a estos doctos a que profiriesen más desatinos. Han quedado, si, en semejantes ocasiones, muy abochornados, como si él fuese el que había incurrido en aquellas culpas del amor propio. Habla poco, regularmente sin vivacidad, sin alegría, sin cultura, y a veces tartamudeando. Con todo, cuando quiere decir, toma la tarabilla, y es su conversación esparcida, festiva y con su poquillo de sal. Es mucho lo que reflexiona y piensa, por lo que las más veces acierta en sus juicios y conjeturas; de suerte que, en los negocios no favorables, teme el meditar, por no anticiparse la noticia y el dolor de un suceso poco ventajoso o del todo adverso. Sus compañeros son: su Biblia, su Cicerón, su Virgilio y su Horacio, y con ellos pasa gustoso por donde le place. Su memoria es firme unas veces, otras veces ingrata, y aún tiene sus alternativas de muy feliz y de muy fácil, según las materias y objetos. Debía llamarse monstruosa, porque tanto tiene de buena como de mala, aunque en los lances de honor ha sido fidelísima a su dueño, como se puede conjeturar por los lugares citados en el Nuevo Luciano en cuya formación casi no abrió un libro, y de muchas obras que había leído y citaba, no las tenía a mano ni podía probablemente conseguirlas. Concibe luego las ideas de cualquier objeto que se propone, y las coloca sin la menor confusión en su entendimiento, para sacarlas cuando le gusta sobre el papel. Así su modo de estudiar ha sido escribiendo siempre, y ha divertido su pluma en muchas disertaciones latinas y castellanas, en algunas oraciones

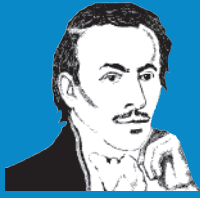
¹⁴Plutarco Naranjo, *La lucha por la independencia: del primer grito a la primera Constitución Quito*, FONSAL, 2009, pág. 97.



panegíricas que escribe con la mayor facilidad del mundo, y en el espacio de muy pocas horas. Con la misma ha compuesto algunas piezas en verso, y tiene aptitud para formar lo que en el lenguaje de los doctos se llama sátira y han sido del gusto del público. Su imaginativa también es variable, y a veces es lánguida y poco limpia, por lo que, en esas ocasiones está con ella de riña el entendimiento. Pero ha conocido por experiencia, que no se puede saber si no se estudia con la pluma en la mano y ha hecho apuntamientos de buenas especies desde que en su menor edad leyó el consejo de Verulamio acerca de los libros en blanco. Para poder apuntar ha estudiado algunos meses, cuando tuvo diez y seis años, hasta doce horas por día, diversas facultades; y haciendo memoria en la noche, de sus especies, hallaba distintamente conocidos y en su lugar los objetos. Más, no duró mucho este género de estudio, porque es de naturaleza muy sensible, débil y delicada. Pero siempre su lectura es rapidísima, y en breves horas acaba de leer cualquier volumen. Su pasión dominante es la lectura, y parece inurbano siempre que haya oportunamente algún libro porque a él se tira. Ha leído los ajenos, y los suyos son escogidos en toda literatura. Si se le ha visto por parte del espíritu, míresele ahora por el retrato del corazón. No deja de tener buenas cualidades de franqueza, de desinterés, del deseo de hacer bien, y, sobre todo, del amor al bien común. Por eso, con el mayor disimulo, cuando ha hallado oportunidad, ha sugerido a muchos jóvenes el deseo de un mejorado estudio, el de la sabiduría; y les ha dado a conocer el uso y elección de las buenas obras. No encubre lo que es conducente al adelantamiento literario de alguno, con tal de que conozca la sinceridad y aplicación. Aborrece el orgullo, y, mucho más, se ofende, de que el necio le quiera persuadir que es hábil, y el ignorante que es el docto. Tiene muy pocos amigos que ha escogido y hace por donde conservarlos con la fidelidad, gratitud y una estima verdaderamente cordial. Ni con ellos, ni con los demás quiere ser estimado por ingenioso ni por instruido, sino por un hombre de rectitud y de verdad, capaz sólo de no ser indigno de la sociedad. Desprecia el fausto y la gloria vana, y, aunque desea las alabanzas, quiere las de las gentes hábiles, de probidad y sinceras, que no tengan con él alguna conexión ni interés. A la edad de quince años deseó ardientemente ser conocido por bello espíritu, y aunque logró las celebridades de los jesuitas, el vulgo le despreció, por lo que, tomando opuestos dictámenes, se ocultó lo más que pudo, y así ha conseguido el arte de esconderse, de tal suerte, que ha logrado ventajosisimamente que se piense muy mal de sus alcances, conocimientos y literatura. No envidia ni sabe hasta ahora cuál es la molestia que causa el escozor de pasión tan villana, y cuando de buenos talentos no sólo los estima, sino que se apasiona por ellos con demasiada vehemencia y los acaricia, aun cuando en la conducta moral sean o discolos o viciosos. Está contento con su fortuna, que siendo escasa no le aflige ni solicita, especialmente por caminos torcidos y de bajeza. Obra mejor, respeta a los superiores, pero si se ofrece hablar con ellos, les habla con modesto desembarazo, hasta aquello que no quieren ni gusta oír. Hace mejor el negocio de los otros, que el suyo propio. Nadie lo trata, que no lo quiera, y a nadie comunica a quien no desee obligar a servir; tiene un solo lazarillo, perspicaz, vivo, inteligente, popular, amistoso y de trato común, que bebe en buenas fuentes y muy puras, la verdad de los hechos, y se los comunica fidelísimamente, y este es, señores, el duende que, así dicen, está pintado con los colores de la vanidad y el amor propio; pueden echarle todo el ocre de un mentís encima y toda la tinta de la misma envidia, para que no aparezca ni su retrato. Pero él es duende¹⁵ a quien nadie le cogerá y si hubiese de decir de alguno alguna cosa, por envidia, lo hubiera hecho con libertad integérrima. ¡Al papel!¹⁶

¹⁵Fernando Jurado erróneamente atribuye a Enrique Garcés el haber bautizado a Espejo como el “duende”, sin embargo, comprobamos que fue el mismo precursor quien se auto consideró “duende”. Ver: Fernando Jurado, *Ensayo sobre el chulla quiteño*, Quito, Quimera dreams, 2009, pág. 72

¹⁶Federico González Suarez (edit.), *Escritos del doctor Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo*, Tomo II, Quito, Imprenta Municipal, 1912, págs. 332–334.



Este autorretrato espiritual de Espejo posee múltiples lecturas y ha concitado múltiples valoraciones. De él, Plutarco Naranjo opina que “la descripción que hace sobre sus estudios, su actitud ante la vida y la sociedad, sus escritos, sus odios, afectos y sus principios morales, son muy interesantes. Vale la pena ser leída con atención”¹⁷ Mientras tanto, en tono más severo, el gran Federico González Suárez opinó sobre esta propia identificación de Espejo: “Por desgracia, entre sus virtudes no cultivaba Espejo, tanto como debiera, la de la modestia: este largo elogio que hace de sí mismo es una prueba de ello, y no puede uno menos de leerlo con cierto desagrado. Por este retrato que hace de sí mismo; sabemos que escribía también composiciones poéticas, y poseía la no envidiable cualidad de buscar lo ridículo en todos cuantos con él trataban, para reírse de ellos.”¹⁸

CONCLUSIÓN

Al final de cuentas, Eugenio Espejo, sabio, filósofo, médico, mestizo y humano, en la extensión completa del concepto.¹⁹

Conflictos de intereses: el autor declara que no existen.

Declaración de contribución: el autor declarado realizó el proceso investigativo, así como la redacción del artículo.

Recibido: 12 de mayo de 2016

Aprobado: 16 de junio de 2016

¹⁷Plutarco Naranjo, La lucha..., pág. 97.

¹⁸Federico González Suarez (edit.), Escritos del doctor..., pág. 336 (nota al pie 76).

¹⁹Una versión anterior de este trabajo se publicó en el libro Espejo, adelantado de la ciencia crítica, de Jaime Breilh Paz y Miño, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito, 2016.